

Caldas: Paz con la naturaleza

COLECCIÓN 2025



CALDAS: PAZ CON LA NATURALEZA

—ANTOLOGÍA DE CUENTO—

Edición 2025

©Segundo Concurso Intercolegiado de Cuento: “Caldas: Paz con la Naturaleza” 2025

Proyecto apoyado por el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes
Programa Nacional de Concertación Cultural 2025

ISBN: 978-628-96435-2-7

ISBN DIGITAL: 978-628-96435-3-4

Todos los derechos reservados.

© Fundación Cultural Cazarelatos.

Esta obra es resultado del Segundo Concurso Intercolegiado de Cuento: “Caldas: Paz con la Naturaleza”.
Proyecto No C6640-2025 apoyado por el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes.

Este libro se publica con fines académicos, artísticos y sociales.
Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra sin la
autorización escrita de la Fundación Cultural Cazarelatos y de
los autores seleccionados.

Entidad Organizadora

Fundación Cultural Cazarelatos
Manizales – Caldas

Mayor información

www.fundacionculturalcazarelatos.com

Dirección General

Jhoan Sebastian Parra Franco

Diseño de portada y contraportada

Literatura en Acción

Intervención Editorial

Literatura en Acción

Agradecimientos Especiales

Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes
Secretaría de Cultura del Departamento de Caldas
Red de Bibliotecas Públicas de Caldas
Secretaría de Educación del Departamento de Caldas
Instituciones Educativas del Departamento de Caldas
Docentes y directivos docentes del Departamento de Caldas
Estudiantes del Departamento de Caldas
Canal Telecafé
Periódico La Patria

*La edición y publicación de la presente
antología ha sido gracias al apoyo del
Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes
– Programa Nacional de Concertación Cultural 2025.*

*Expresamos nuestro más sincero agradecimiento
al Ministerio por la valiosa oportunidad que
le ha brindado a la **Fundación Cultural Cazarelatos**
para liderar este proyecto literario en favor
de la paz de nuestros territorios.*

CONTENIDO

Prólogo

<i>Paz escrita con lápiz y corazón.....</i>	9
Jhoan Sebastian Parra Franco	

A modo de reflexión

<i>El ser del campesino caldense.....</i>	10
Andrés Felipe Hoyos Aguirre	

Cuentos ganadores

<i>El árbol de la armonía, el símbolo de la paz.....</i>	12
Rosbeilys del Valle Escalante Barreto	

<i>El bosque y los colibríes.....</i>	13
Maximiliano Cardona Rondón	

<i>Premonición.....</i>	14
Emiliano Lemus Castro	

<i>La vida y la naturaleza.....</i>	15
Mariana Alzate Cardona	

<i>Retorno a la naturaleza.....</i>	17
Santiago López Martínez	

<i>El secreto del roble.....</i>	18
Joaquín Cañas Rincón	

<i>Archivo clasificado intergaláctico</i>	19
Sara Paulina Londoño Trujillo	

<i>Promesas y hojas susurrantes.....</i>	21
Juan José Cano Londoño	

Mención de honor

<i>La caneca negra.....</i>	23
Luciana Ramírez Hernández	

<i>Liryus.....</i>	24
Fiore Estefanía Narváez Alzate	

<i>Mamá, no quiero ir allá.....</i>	25
María Antonia Castañeda Diaz	

Finalistas

<i>Aquí soy feliz.....</i>	27
Isabella Buitrago Martínez	
<i>El duende de los cafetales.....</i>	28
Keithy Salomé Diaz Cortés	
<i>El árbol mágico.....</i>	29
Dylan Ramírez Hernández	
<i>La hermosa naturaleza y el trabajo en equipo.....</i>	31
María Yenifer Delgado Ramírez	
<i>La paz en el bosque.....</i>	32
Maira González Castañeda	
<i>Amor por la naturaleza.....</i>	33
Jimmy Daniel Galviz Aguirre	
<i>La luciérnaga valiente.....</i>	34
María Salomé Ochoa Orozco	
<i>¡Pikabu!</i>	36
Andrés Felipe Suarez Valencia	
<i>Armonía en el valle.....</i>	37
Yireth Yaidy Arroyave Ospina	
<i>El bosque hermoso.....</i>	38
Salomé Lemus Marín	
<i>La búsqueda del orbe.....</i>	40
Xiomara Sepúlveda Cano	
<i>Olor a vida.....</i>	41
Valentina Villa López	
<i>La sabiduría del bosque.....</i>	43
Isabella Hernández Suarez	

<i>El árbol que me habló.....</i>	45
Jerónimo Morales Patiño	
<i>El guardián del bosque El Faro.....</i>	46
Vanessa Muñoz Castañeda	
Consideraciones finales	
<i>Historias que siembran futuro.....</i>	48
Laura Viviana Jaramillo Pedroza	
Epílogo	
<i>El último canto del barranquero.....</i>	49
Jhoan Sebastian Parra Franco	

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

Paz escrita con lápiz y corazón

Hay libros que nacen del talento, otros del deber, y algunos —muy pocos— del anhelo urgente de sanar. Este libro pertenece a esa última categoría. Es un libro que brota desde la tierra fértil de la palabra infantil, escrita no para adornar el mundo, sino para comprenderlo, para transformarlo. Aquí la literatura no es solo un juego creativo; es un acto de resistencia, una forma de ternura radical. En estas páginas no se escriben solo cuentos: se construyen puentes, se plantan semillas, se gritan silencios que la historia no ha sabido escuchar. Porque cuando una niña o un niño toma la palabra, la paz deja de ser una utopía abstracta y se vuelve posible, concreta, cotidiana.

La infancia tiene una forma única de nombrar lo que duele y lo que salva. Lo hace con símbolos, con imágenes que parecen inocentes pero que cargan una lucidez que a veces los adultos hemos perdido. El niño que escribe, dibuja con palabras un territorio emocional y ético donde aún es posible imaginar un mundo sin miedo, sin exclusión, sin destrucción.

Este libro es un acto de confianza en la palabra. Confianza en que narrar lo que somos —aunque sea a través de bosques mágicos, animales sabios o pueblos invisibles— puede ayudarnos a reconciliarnos con lo que fuimos y a soñar lo que podemos ser. Es también un grito silencioso contra la indiferencia, una invitación a los adultos a escuchar con humildad, a leer con asombro, a no olvidar que la paz empieza cuando alguien es capaz de ponerse en los zapatos del otro... incluso si esos zapatos son pequeños.

Los cuentos aquí reunidos no son respuestas, son preguntas. Preguntas escritas con lápiz en las márgenes del país. Preguntas que arden, que conmueven, que esperan. ¿Qué hacemos con ellas? ¿Las dejamos pasar como un ejercicio escolar más? ¿O las asumimos como el llamado ético que son?

Pero este libro no habla solo de guerras o reconciliaciones humanas. Habla también de otra paz, igual de urgente y acaso más silenciosa: la paz con la naturaleza. La paz con los ríos que hemos contaminado, con los árboles que hemos derribado, con los animales que miran sin comprender por qué sus montañas se llenan de humo y sus cielos de silencio.

Desde las montañas del departamento de Caldas, donde la neblina cubre con ternura las heridas del pasado, los niños y niñas han levantado su voz para recordarnos que cuidar la tierra también es una forma de justicia. Que defender el agua es defender la vida. Que honrar a la naturaleza es reconocer que no somos dueños de nada, apenas huéspedes breves de un planeta que aún puede perdonarnos.

Caldas, con su geografía vertical, sus cafetales en flor, sus caminos de tierra mojada y sus pueblos que han sabido resistir, se convierte en el telón de fondo de estas historias, pero también en protagonista. Porque este libro, nacido en sus escuelas, en sus veredas y en sus aulas humildes, no es solo literatura: es memoria sembrada. Es territorio contado desde los ojos más puros.

Abrir este libro es mucho más que leer. Es acercarse al borde de algo esencial: la infancia como lenguaje de futuro. La palabra como refugio. La imaginación como resistencia. La paz, por fin, como historia que merece contarse.

Y la naturaleza, como un hogar que aún espera nuestro regreso.

Jhoan Sebastián Parra Franco
Gestor Cultural

A modo de reflexión...

Andrés Felipe Hoyos Aguirre
Supía
Institución Educativa Hojas Anchas
11º

EL SER DEL CAMPESINO CALDENSE

En Supía, un pequeño rincón del departamento de Caldas, rodeado de montañas, la vida del campesino comienza bastante temprano. Con las manos curtidas por el trabajo y el alma llena de esperanza, cosechamos nuestros productos de la tierra, esperando que sean bien pagados y, sobre todo, valorados.

Cada mañana, caminamos entre surcos húmedos, asegurándonos de que nuestras plantas crezcan sanas. No usamos químicos agresivos. En su lugar, aprovechamos lo que la tierra misma nos produce: la pulpa y las cáscaras de las frutas, el estiércol del ganado y de las bestias, los desechos de las gallinas y hasta la ceniza de los fogones de leña. Con todo eso, preparamos una mezcla especial que dejamos fermentar en un gran cajón llamado compost. Algunos, cuando usan lombrices para acelerar el proceso, lo llaman lombricultivo. Allí, con paciencia, la naturaleza hace su magia.

Así, cuando el compost está en el punto exacto, lo esparcimos cuidadosamente, sin acercarlo demasiado a la planta para no quemarla. Este abono natural es especial para nutrir nuestros cultivos. Por ende, ayuda a producir alimentos sanos, promueve una tierra más vibrante y contribuye a un entorno sin químicos para no dañar la flora, la fauna ni las fuentes hídricas.

Nuestro trabajo no es fácil... pero lo hacemos con amor.

Cada grano que sembramos lleva detrás noches sin dormir, lluvias inesperadas y también la sonrisa de ver crecer algo con nuestras propias manos. ¡Cuidemos la tierra como quien cuida a un hijo, porque de ella vivimos, y ella también vive de nosotros!

En este rincón del mundo, ser campesino es más que un oficio. Es una manera de resistir, de cuidar la vida y de recordarle al mundo que lo natural, lo limpio y lo justo todavía tiene raíces firmes.

—GANADORES—



EL ÁRBOL DE LA ARMONÍA, EL SÍMBOLO DE LA PAZ

En un valle rodeado de montañas, había un árbol majestuoso llamado Kalimat. Era conocido por su capacidad para absorber y transformar las energías negativas en positivas. Los habitantes de aquel lugar, ubicado en las mágicas tierras de Caldas, creían que Kalimat era un regalo de los dioses y que su misión en esta tierra consistía en mantener la armonía y la paz en la comunidad.

Un día, un grupo de vecinos que vivía cerca de aquel árbol comenzó a discutir y a pelear entre sí. La discordia se extendió como un incendio forestal. Pronto el valle se convirtió en un lugar de tensión y miedo.

Kalimat, al sentir la energía negativa, comenzó a emitir una luz suave y cálida. Sus ramas se extendieron hacia las personas que discutían, y sus hojas susurraron un mensaje de calma y comprensión. Uno a uno, aquellos hombres y mujeres se acercaron al árbol y, al tocar sus ramas, sintieron una sensación de paz y tranquilidad. Comenzaron a escuchar las palabras de Kalimat, que les recordaban que todos estaban conectados y que la armonía era posible si se escuchaban y se respetaban mutuamente.

Poco a poco, aquella comunidad comenzó a dialogar, a escuchar, a comprender y a perdonar. La energía negativa se disipó y el valle se convirtió en un lugar de paz y armonía. Sofía, una niña que conoció de primera mano el poder de Kalimat, se convirtió en mensajera de la armonía y compartió su mensaje por todos los rincones de Caldas. Los caldenses comenzaron a sentir la paz y la armonía que emanaban de aquel árbol.

Un día, un grupo de músicos se reunió bajo Kalimat. Al principio, la música era discordante y desafinada, pero, a medida que cantaban, el árbol empezó a brillar, extendiendo su armonía hasta los instrumentos, que mágicamente dejaron escapar melodías que conmovieron a más de uno y que recordaron que la paz era posible si las personas se aceptaban unas a otras.

EL BOSQUE Y LOS COLIBRÍES

Esta es la historia de una familia de colibríes que vivía en un bosque rodeado de árboles, flores y una hermosa cascada. Llegó la primavera y mamá colibrí empezó a recolectar hojas y palos para su nido; sabía que pronto pondría huevos y debía cuidarlos. Tiempo después nació su primer hijo, un colibrí hermoso. Mamá colibrí estaba feliz y con impaciencia esperó el nacimiento de un nuevo colibrí, que se estiró y observó a su alrededor.

Mamá colibrí cuidaba de sus hijos, les daba calor, comida y, paso a paso, ellos empezaron a salir a recolectar polen. Regresaban a casa cada día, seguros, tranquilos y felices. Un día vieron a seres humanos talando árboles y, al regresar a su casa, la encontraron destruida. Se fueron tristes sin rumbo fijo hasta llegar a una hermosa cascada. Allí estaba papá colibrí, triste porque la cascada estaba contaminada. Continuaron su camino y vieron que en el bosque estaban construyendo casas.

De repente, apareció un niño que se acercó y, un poco temeroso, les preguntó:

—¿Por qué están tristes?

Ellos se miraron y mamá colibrí contestó:

—Nos quedamos sin hogar; en el bosque talan los árboles y construyen viviendas. ¿Será que nos puedes ayudar?

El niño, asombrado, le contestó que sí y corrió a buscar a sus amigos. Hicieron marchas para recuperar el hogar de los colibríes y de los otros animales. Muchas personas se unieron para resaltar el significado de este bosque. Así que acordaron que debían dejar aquella tierra para la conservación; negociaron con las personas que estaban construyendo y convirtieron el bosque en un lugar para el senderismo y el descanso. El niño, feliz de haber ayudado a estas aves, creció y se dedicó a defender el medio ambiente, aprendiendo de los colibríes el valor del hogar y el cuidado de la naturaleza.

PREMONICIÓN

Escondida entre las montañas, existía una empresa dedicada a la producción de materiales para la construcción. Era administrada por el empresario Maximiliano Baxter. Su empresa estaba a la altura de las mejores del país y, quizás, del mundo. Aunque era un próspero negocio, también era señalado por el mal manejo de los recursos naturales y los desechos que afectaban tanto a animales como a personas.

Un día, mientras tomaba una taza de café en el balcón de su casa, un joven que pasaba por la calle le dijo:

—Señor Baxter, tenga un buen día. Espero que se esté cuidando mejor de lo que cuida los desechos de su fábrica.

Maximiliano sonrió y le deseó un buen día. Pasaron los días y las palabras del transeúnte todavía retumbaban en su cabeza. En cierta ocasión, se sintió mal físicamente y fue al médico para hacerse un chequeo. Se llevó una gran sorpresa cuando ingresó al consultorio: el médico era aquel joven que lo había saludado esa mañana. El joven lo reconoció de inmediato, lo saludó y prosiguió a hacer el chequeo. Luego le ordenó algunos exámenes y le indicó que regresara cuando tuviera los resultados.

Una semana después, Maximiliano regresó y mostró los exámenes al joven médico. Después de revisar los documentos, no le dio buenas noticias, ya que había desarrollado una enfermedad grave. Angustiado, le preguntó al médico:

—¿Qué puedo hacer? ¿Existe alguna cura?

El médico solo agachó la cabeza y, con una mirada sombría, le dijo que era muy tarde, que debió haber cambiado la forma en que trataba los desechos de su fábrica.

Maximiliano, muy agitado, saltó de su cama sin entender por completo que se trataba de un sueño. Cuando por fin se recompuso, comprendió que debía cambiar la forma en cómo se relacionaba con la naturaleza. Entendió que debía cuidar de ella. Hoy en día, Maximiliano Baxter es reconocido, no solo por su destacada empresa, sino también por cuidar del medio ambiente.

LA VIDA Y LA NATURALEZA

La mañana era radiante en los majestuosos campos de mi hermoso municipio de Pácora, situado al norte del departamento de Caldas. Me senté sobre un fresco prado con el propósito de escribir un cuento.

Estaba asustada porque la naturaleza era el centro sobre el cual giraba la trama de un final muy complicado. Me encontraba desorientada en medio de una oscura montaña. Allí observaba una triste y decaída vegetación. En una orilla alcancé a divisar el cauce de un riachuelo. Me dirigí a él y solo veía los peñascos musgosos, pero sin una sola gota de agua.

La soledad y el silencio del ambiente me generaban gran temor. No se divisaba ningún tipo de animal, ni se escuchaba el canto de los pájaros, ni el ruido de los insectos, ni mucho menos el sonido del viento.

La soledad y el silencio se rompieron cuando apareció una mujer humilde que me ayudó a orientarme. Me condujo hasta su casa, y al estar allí, la pobreza fue evidente. Ella me indicó el camino que debía seguir para llegar hasta un cerro donde podría divisar la ruta para escapar de aquella triste tierra.

Al poco tiempo de emprender camino, me encontré una carretera que me condujo hasta el cerro que buscaba. Desafortunadamente no encontré un lugar colmado de naturaleza, ni mucho menos los senderos por los cuales escapar. Por el contrario, encontré un sitio lleno de maquinaria que destruía el medio ambiente. Allí también se producían armas para la guerra y el combate. ¡Las explosiones comenzaron en ese instante!

En ese momento, me desperté y pude observar el firmamento con sus nubes y la majestuosidad de las montañas que adornaban el paisaje. Contemplé un campo lleno de flores y hermosos animales. También agradecí porque la destrucción que había visto solo era el producto de una pesadilla. Soy consciente de que, si no ayudamos con nuestros buenos actos al planeta, este terrible sueño se puede convertir en realidad.



Santiago López Martínez
Aguadas
Liceo Claudina Múnera
8º

RETORNO A LA NATURALEZA

Kevin atravesó el sendero de piedras y llegó al bosque, que era para él un recuerdo de lo bello y lo inocente. Una desintoxicación era lo que necesitaba, tras años de trabajar en la misma fábrica y de tener una rutina muy pesada. Su alma se nubló; sacrificó su sueño de ser escritor por un trabajo con un sueldo muy pobre; Kevin observó con una mirada inocente el hermoso paisaje: el lago cristalino, los árboles verdosos y el cielo iluminado.

Caminó y luego se sentó en el césped húmedo. Clavó la mirada en una bandada de patos que se hallaba en la orilla del lago. Al ver esta escena de unión familiar, sus ojos desprendieron una lágrima, imaginó a su familia y dejó escapar una sonrisa. Entonces recordó aquella última pelea en la casa de sus padres.

—¡No, ustedes no me entienden, eso no es lo que quiero para mi vida!

Esas fueron sus últimas palabras antes de salir por esa puerta y no volver jamás. *¿Cómo llegué hasta ese punto?*, pensó. Su vida estuvo repleta de discusiones; nunca logró conectarse con sus padres, ellos estaban en lo suyo, y él en sus asuntos.

No podía creer que su vida se hubiera nublado como una tormenta, distanciándose tanto de sus padres y dejando atrás su sueño de ser escritor. Reconoció que por eso había ido al bosque, para recordar su infancia, su inocencia. En ese lugar había encontrado la paz que nunca había tenido en su vida. La paz que sentía al caminar en ese mismo bosque junto a sus padres.

Finalmente, se levantó y cruzó sonriente el sendero de vuelta a su casa.

}

EL SECRETO DEL ROBLE

En las montañas altas de Caldas, donde la niebla se cuela entre los árboles, vivía Tomás, un niño que sentía una profunda conexión con el bosque nuboso. Le fascinaban los sonidos, los olores y el susurro del viento entre las hojas. Un día, explorando más allá del sendero habitual, encontró un claro oculto. Allí un riachuelo cantaba suavemente junto a un roble imponente. La paz que sintió fue tan profunda que se quedó en silencio, como si el bosque lo abrazara.

En su vereda, la situación era distinta. La sequía había causado discusiones por el agua y la tierra. Las personas, antes unidas, ahora desconfiaban unas de otras. Su abuela, con voz suave, recordaba los tiempos en que todos compartían y cuidaban juntos el entorno.

Tomás tuvo una idea: llevar a otros al claro. Primero fueron sus amigos, Sofía y Mateo. Al ver el lugar, quedaron asombrados. Luego, invitó a sus padres, y más tarde a Don Alberto y Doña Carmen, líderes respetados, aunque escépticos.

Una vez en el claro, algo cambió. Las palabras fluyeron sin presión. Don Alberto habló de sus miedos; Doña Carmen recordó lo importante que era cooperar. Todos escucharon, y lentamente surgió un plan común: cuidar la naturaleza, reforestar, aplicar prácticas sostenibles y ayudar a quienes más los necesitaban.

Desde entonces, la comunidad comenzó a transformarse. Trabajaron juntos con un nuevo espíritu. El bosque ya no era solo paisaje, sino guía y símbolo. Tomás entendió que la paz no es solo ausencia de conflictos, sino equilibrio entre las personas y su entorno.

El claro, aquel lugar escondido en lo profundo del monte, se convirtió en un espacio sagrado, recordatorio constante de que escuchar a la naturaleza puede sanar incluso las heridas humanas más profundas.

ARCHIVO CLASIFICADO INTERGALÁCTICO

Confidencial – Expedición-7A

Código: 11T-05L

Asunto: Planeta 3 – Informe final

Subregión: Hemisferio occidental – Sector andino – Departamento de Caldas

Formato del informe: Testimonio directo del oficial al mando

Fecha del ciclo galáctico: Año 9724

Aterrizamos en el Planeta 3, más conocido como “Tierra”.

El objetivo era claro: invasión, erradicación de la especie dominante, extracción de recursos.

El descenso se realizó en Caldas, un territorio que, según se había comentado en la galaxia, fue alguna vez un santuario natural, repleto de selvas húmedas, ríos que cantaban y fauna que asombraba.

Se nos advirtió que la especie local, llamada humanos o, más propiamente, caldenses, era peligrosa, “astuta” y ecológicamente tonta.

Pero al llegar... lo único peligroso era respirar.

El cielo parecía papel quemado. Los ríos olían a sopa recalentada de plástico. Los árboles... bueno, si ves uno real, toma una foto, porque son reliquias. Y los humanos... solo enterraban la naturaleza para levantar fábricas.

—¡Mi teniente! —preguntó con tono de decepción.

—¿Aquí era donde había vida inteligente?

—Sí. Supongo que eligieron riqueza sobre vida.

—¡Qué gran estrategia! Autodestruirse antes de que llegáramos. ¡Ahorran trabajo! —dijo con una risa seca.

—Así es, destruyeron lo que los mantenía vivos... y todavía se preguntan por qué todo se apaga. Vámonos —respondí.

Conclusión del informe:

- Caldas, una de las zonas mejor conservadas, está destruida. El resto, probablemente, peor.
- Planeta 3 declarado autoextinguible.
- Recursos: agotados.
- Inteligencia: sobrevalorada.
- Esperanza: no cuantificable.
- Recomendación: evacuar y olvidar.

Anexo:

Antes de partir, el asfalto susurró algo. Parecía viento, pero no lo era. Una semilla empujaba desde abajo, como si el planeta, aún en ruinas, se negara a rendirse.

Qué triste, pensé. Incluso la Tierra tiene más instinto de vida que quienes la habitan.

Fin del archivo.

Caso-7A: cerrado.

Esperanza: enterrada.

*Cuando esto pase, que al menos quede constancia:
La Tierra avisó. -S*

PROMESAS Y HOJAS SUSURRANTES

Fuertes estruendos sacudieron el bosque. Cantos angustiados de muchas aves rasgaban el aire. La corteza crujía fuertemente. Agresivas, las motosierras profanaron el corazón del Viejo Roble.

Esa noche, las luciérnagas se abrían paso entre la densa niebla, todavía brillando. Kelly se arrodilló, apoyando su espalda sobre el resto del Viejo Roble. Recordó la voz frágil de su madre enferma:

—Cuida bien esta semilla, Kelly. Un día entenderás por qué la necesitamos.

Cerró los ojos, aguardó silente y, cansada, se tumbó en un sueño profundo, en una visión...

Repentinamente, una niña pequeña dejaba huellas mientras jugueteaba con una semilla marrón, ovalada, lisa y cubierta por una cúpula áspera. Las caricias del viento a su nariz y el relente fresco del bosque le divertían. Aquella niña sonreía con la nada, con la pericia intuitiva que la infancia regala.

El viento susurrante despertó a Kelly, sabiendo que ese momento marcaría un cambio verdadero. Ella abrió lentamente sus ojos. Todavía era imposible ver con claridad. Tomó una hoja seca que estaba cerca; la detallaba sorprendida y admiraba el resplandor que revelaba diminutas pero perceptibles letras —contenía instrucciones para reavivar el bosque entero—. Leyó:

*Donde cayó un gigante, plantad cinco sueños.
Por cada lágrima, sembrad semillas nuevas.
Escuchad al viento, no os distraigáis: tiene respuestas de tiempos remotos.
No temáis al silencio: sus melodías sanan lo que ha sido roto.
El bosque requiere vuestra atención.
La tierra no quiere más tristeza ni lamentos, quiere reforestación...*

Emocionada, Kelly apretó la hoja contra su pecho, como si la abrazara. Tenía esperanza en que, así como ella le confiaba al Viejo Roble sus secretos, los nuevos niños —incluso sin ser niños— le sonreirían, honrarían y agradecerían al nuevo sabio.

Kelly, decidida, cumplió la promesa que aquella voz con amor le susurraba desde lo lejos, entre promesas y sueños.

—MENCIÓN DE HONOR—



LA CANECA NEGRA

Esta es la historia de un lugar muy bonito con animales y árboles que daban frutas deliciosas. Todo era tranquilo y sano. Un día, llegó a reinar un hombre muy desordenado y sucio al que le gustaba arrojar mucha basura.

Logró que las personas se volvieran sus esclavos y recogieran toda la basura que él tiraba. Entre la gente había un niño llamado Pedro que sentía mucha rabia por lo que estaba pasando. Después de dos años, algunas personas, incluido Pedro, tomaron la decisión de rebelarse contra el rey e idearon una trampa para derrocar al tirano.

En secreto construyeron una jaula y cuando el rey dormía, lo tomaron de pies y manos para después enjaularlo. Desde ese momento, toda la basura que salía del pueblo la arrojaban dentro de la jaula y el hombre desesperado imploraba que lo sacaran.

—¡Este lugar huele horrible! —gritaba el rey—, ¡no quiero estar aquí!

Lo dejaron durante una semana hasta que lo arrojaron en el camión recolector de basura; el rey terminó en el basurero de la ciudad. Allí fue reciclado y, tras un proceso industrial, se convirtió en una caneca negra que luego ubicaron en la escuela donde Pedro estudiaba para que todos los niños depositaran allí sus residuos.

Pedro ahora es el líder de la escuela y cada vez que ve la caneca negra les recuerda a sus compañeros las consecuencias de tirar los desechos, no solo para el medio ambiente, sino para la vida en comunidad.

LIRYUS

Caminaba tranquilamente hacia el trabajo cuando la alarma retumbó en el edificio. La gente gritaba y yo corría por los pasillos, sin comprender la gravedad de la situación hasta que vi lirios brotando del rostro de una joven.

Apenas entré a mi casa, encendí el televisor. En *Telecafé* hablaban del caso de mi empresa y otros lugares de Caldas. Pronto, un grupo de científicos se presentó, explicando lo que estaba pasando en el mundo: la presencia de un nuevo virus, el "Liryus-89". Al parecer, estaba relacionado con la naturaleza, por lo cual se debían destruir las mayores porciones de tierra para detener su reproducción.

En Marulanda, había maquinaria amarilla abriéndose paso entre la gente. Muchas personas, con lirios creciendo en su cuerpo, eran atendidas por enfermeras, mientras otras eran cubiertas con sábanas negras.

Frente a mí, las máquinas invadían el paisaje, comenzando el protocolo. Yo no iba a permitir la destrucción de mi hogar. Comencé de nuevo a correr, esta vez hacia ellos. Me interpose entre unos hombres y unas máquinas que se preparaban para acabarlo todo. Los señores me decían que me alejara, pero respondí que no tenía por qué hacerlo. *"No les voy a permitir destruir el ecosistema del cual depende nuestra vida. ¡Si quieren hacerlo, tendrán que matarme!"*

Me observaron por un rato, hasta que el jefe dio la orden de continuar. Lo último que pude recordar fue cómo arrancaba un único lirio anaranjado de mi cuerpo, mientras caía al suelo. Una chica me rodeaba con sus brazos, explicándome que ella había sido la primera en morir y yo el último, pues había terminado lo que la humanidad había empezado. El virus se creó para matarnos y traer paz a la Tierra y, gracias a mí, todo eso se había conseguido.

MAMÁ, NO QUIERO IR ALLÁ

—¡Lávate las manos y ven a almorzar! —dice la mamá, ofreciendo a Martín un plato de sancocho de gallina y una taza de limonada fresca—. Luego ve a traer la leña, a recoger los huevos, a encerrar los terneros y después ponte a hacer las tareas.

—¿Y cuando termine puedo ir a jugar con mis amigos, mamá?

—¡Claro que sí, ve!

Velozmente, Martín hace sus oficios y busca a sus amigos para jugar y nadar en el río. Al rato se despide y, de regreso a su casa, observa una cueva. Se muestra curioso al ver una luz; decide entrar, y encuentra un objeto: un reloj antiguo, enterrado entre las rocas. Este reloj tenía símbolos extraños que brillaban; lo tomó entre sus manos y, con un poco de fuerza, lo giró. En ese momento, todo fue confusión. Una gran ráfaga de viento lo envolvió, y cuando abrió sus ojos, ya nada era igual.

El mundo que Martín conocía había desaparecido. Ahora estaba rodeado de grandes edificios. Las personas iban y venían apresuradamente y fijaban su mirada en pequeñas cajas rectangulares. Todo se veía gris, sin vida, sin árboles, sin animales, sin niños que jugaran, y con demasiadas personas enfermas. Antes de que Martín reaccionara, un auto que pasaba a alta velocidad chocó contra él.

Martín despertó.

—¡Mamá, mamá, no quiero ir allá! —grita Martín con lágrimas en los ojos.

—¿Dónde estabas? ¿Qué te pasó? ¿Por qué estás llorando?

—Era un lugar horrible, mamá. Todo era gris y triste, como si me faltara el aire. ¡Yo no podía respirar, mamá! El aire era pesado y la garganta me picaba. No había árboles, ni animales, ni niños jugando. Tuve sed, ¡pero no había limonada! ¿Tú crees que algún día tenga que volver allá, mamá?

—FINALISTAS—



AQUÍ SOY FELIZ

De camino hacia mi escuela cuento los árboles florecidos que están en medio del hermoso cafetal. Hablo con los pájaros y hablo con mamá, que muy poco me oye porque concentrada va. Hago letras improvisadas a lo que por la carretera va; las voy cantando a gritos porque eso me da paz. Me preparo para el ruidoso día que está por llegar, y antes de la clase a todos mis compañeros les da por gritar. No soporto los chillidos de las sillas al acomodar, por eso prefiero irme a caminar.

Mi escuela tiene un patio perfecto para recolectar piedras, flores y saltones que me hacen tranquilizar. Respirar profundamente y sentir que vive en mí parte de la naturaleza me hace sentir feliz. Recobro mi compostura y quedo lista para vivir las hermosas experiencias que el día tiene para mí. Espero con ansias locas que el día llegue a su fin, para nuevamente la experiencia vivir de regreso a mi casa que parece un jardín, donde me espera mi gato con su fina nariz. Él se acerca y me ronronea para invitarme a salir, a ver en mi ventana el día morir, bajo los azules, naranjas, rojos y violetas que me invitan a dormir.

La naturaleza es perfecta, yo amo vivir aquí, deseo a todos los niños poder lo mismo sentir. Que todo lo que les rodea les haga sentir feliz, que se sientan seguros y dueños de lo que hay aquí, que lo cuiden y protejan, pues aquí también será nuestro fin.

EL DUENDE DE LOS CAFETALES

En una hermosa finca cafetera a orillas del río Cauca vivían tres niños, primos entre sí: Luciana, Ángel y Daniel. Después de llegar de la escuela, ayudaban a sus padres a recolectar los hermosos, dulces y rojos granos de café. Vivían felices, hasta que una tarde lluviosa empezaron a escuchar risas y sonidos de travesura. Todos los árboles empezaron a moverse y a verse estropeados. De pronto, el abuelo Tulio, que se la pasaba sentado en su mecedora, les contó que en su niñez hablaban del duende que se llevaba a los niños. Pero estos niños no eran como los demás: ellos eran muy valientes, querían ayudar a sus padres. De pronto, Daniel, el menor y que no le temía a nada, dice:

—Abuelo, debe haber alguna forma de atrapar a ese duende.

—¿Será azul o tendrá un solo ojo? —dice Luciana, que tenía una gran imaginación.

—No, yo creo que es verde y grande —responde Ángel.

En realidad, nadie lo sabía. El abuelo se mecía muy lento y solo recordaba lo que decía un chamán de su época: “*se tendrá que determinar cuál es el sitio donde más le gusta estar al duende*”. ¿En el tranquilo y mágico cafetal?, se preguntaba.

—Hay que hacer una trampa —dijo el abuelo—. La podemos fabricar con una caja de madera, una cuerda y un palo. De carnada podemos usar algo brillante, pues a los duendes les encanta lo brillante. Ellos son muy rápidos. Así que deben moverse con sigilo. Si hacen ruido él aparecerá antes de que puedan atraparlo y tratará de comprar su libertad con promesas de tesoros y de deseos cumplidos.

Los niños fueron al cafetal y pusieron en práctica todo lo que el abuelo les había enseñado. El duende no se pudo contener. Cuando se acercó a la caja, quedó atrapado y los niños, muy ansiosos, lo obligaron a prometer que si lo liberaban él se iría para siempre de aquellas tierras. El duende aceptó. Muy contento con su libertad, se marchó y los niños siguieron siendo felices en su cafetal. Así pudieron ayudar a sus padres, que estaban muy atormentados por los daños que causaba el duende. Retornó la paz a la naturaleza y los cafetales pronto dieron abundantes frutos.

EL ÁRBOL MÁGICO

Max era el dueño de un gran bosque. En él había un árbol gigante y muy bonito. Las personas lo visitaban porque decían que obsequiaba deseos y además porque provocaba enamoramiento en quienes lo veían.

Cuando Max se dio cuenta de que el árbol cumplía deseos, se puso a sembrar más semillas de la misma especie en busca de cumplir el gran deseo que pedía su corazón: que las personas se volvieran tolerantes y cuidadosas con el medio ambiente. El árbol mágico tenía una condición para cumplir sus deseos: pedía compromiso, paz y cuidado del medio ambiente.

El tiempo transcurrió y las personas, muy comprometidas, iban a pedirle deseos al árbol mágico. De repente, llegó un hombre malvado ante este gigante verde y le roció un ácido venenoso. El árbol se volvió amarillo y perdió su resplandor.

Con el tiempo, las personas tristes ya no iban adonde el árbol mágico, ya que ninguno tuvo la precaución de cuidarlo y por eso aquel hombre malvado lo envenenó. Un día, un niño inocente se arrodilló ante el árbol. Lloró y le imploró que, por favor, renaciera, ya que la humanidad lo necesitaba.

Las lágrimas del niño corrieron hasta la raíz, y de allí brotó la vida. El árbol poco a poco volvió a tomar color verde. Cuando el niño se puso de pie, el árbol le susurró:

—Gracias por creer en mí y por pensar en cada uno de los seres que viven en la naturaleza.

De nuevo, las personas volvieron adonde el árbol y crearon un grupo de vigías de la naturaleza llamado *Los Guardianes Caldenses del Medio Ambiente*. Su misión consistía en proteger el árbol y asegurarse de que ningún malvado ser le hiciera daño. Con el paso del tiempo, los *Guardianes Caldenses* han protegido el bosque con esmero. Esto nos hace recordar no solo el compromiso con el árbol para que pueda seguir concediendo deseos, sino también el gran compromiso de los humanos para con toda la naturaleza.



LA HERMOSA NATURALEZA Y EL TRABAJO EN EQUIPO

Este era un hermoso pueblo, un lugar lleno de bosques con aguas claras y puras. Por su belleza, se le llamaba la *Perla del Oriente*. Solía ser un lugar muy tranquilo donde la gente paseaba en familia y disfrutaban del paisaje y de los pájaros que cantaban en las mañanas.

Todo cambió cuando unos malvados hombres llegaron a esas tierras. Cortaban los árboles para después hacer quemas y con esto generar contaminación. Los animales que allí vivían tuvieron que huir en busca de un nuevo hogar. En el camino se encontraron con unas niñas campesinas que de inmediato les brindaron ayuda y prometieron conseguirles refugio y resolver la terrible situación del bosque que estaba en peligro.

Yenifer y Saray, las niñas que resguardaron a los animales, empezaron a buscar ideas para expulsar a los malvados del bosque. Decidieron invitar a todos los campesinos y vecinos del mágico pueblo para que juntos protestaran pacíficamente en contra de la tala de árboles. Todos, resueltos, marcharon directo hacia los malvados, quienes de inmediato se escondieron al ver la multitud.

Las niñas pensaron que habían ganado. Felices se fueron a sus casas a contar la noticia a sus padres y familiares. Pero al día siguiente de nuevo se escucharon los ruidos de las motosierras; asimismo, se observaba a lo lejos el fuego provocado por las quemas. Yenifer llamó y alertó a los bomberos, a la policía, a los profesores, a los veterinarios y a los demás ciudadanos de la *Perla del Oriente* para que juntos salvaran definitivamente el bosque y así poder devolver a los animales su casa natural.

Cuando fueron en multitud, los malvados intentaron huir, pero fueron arrestados por la policía y tiempo después llevados a prisión. Por su parte, los bomberos y la comunidad apagaron las llamas; el veterinario revisó a los animales rescatados. De nuevo reinó la paz y la tranquilidad.

LA PAZ EN EL BOSQUE

En un bosque frondoso y sereno, donde los árboles susurraban secretos al viento y las flores bailaban al ritmo del sol, había un claro donde la calma reinaba. Un arroyo cristalino fluía suavemente por el centro del lugar, reflejando la belleza de la naturaleza.

Una joven llamada Sofía llegó al bosque en busca de refugio y sosiego. Vivía en una ciudad ruidosa y estresante. Necesitaba encontrar la quietud que tanto anhelaba. Al entrar en el claro, se sintió envuelta por la serenidad del lugar.

Sofía se sentó en la orilla del arroyo y cerró los ojos, dejando que el sonido del agua y el canto de los pájaros la calmaran. Sintió una conexión profunda con la naturaleza y comenzó a entender que la armonía no era algo que se encontraba fuera de ella, sino dentro de sí misma.

La naturaleza le enseñó a Sofía sobre la serenidad. Aprendió a escuchar el silencio y a encontrar la calma en el movimiento de las hojas y en el vuelo de las mariposas. El bosque se convirtió en un refugio para ella, un lugar donde podía escapar del estrés y la ansiedad.

Sofía pasó horas en el bosque disfrutando de la quietud y la plenitud que le ofrecía. Finalmente, se dio cuenta de que la paz era un estado de ánimo que podía llevar consigo misma sin importar dónde estuviera. Regresó a la ciudad con una nueva perspectiva y una sensación de calma que la acompañaría siempre. La experiencia en el bosque había cambiado su vida. Sofía se sintió renovada y lista para enfrentar los desafíos de la vida con una mente más tranquila y un corazón más en paz.

AMOR POR LA NATURALEZA

Pensilvania era un pueblo escondido entre montañas verdes y nubes que parecían cobijas de algodón. Allí, los árboles susurraban con el viento, los ríos cantaban al correr y la neblina abrazaba cada amanecer.

La comunidad vivía en armonía con el bosque. No necesitaban mucho para ser felices, solo el canto de los pájaros y la compañía de la gente.

Hasta que un día todo cambió. Desde la ciudad llegó un grupo de personas extrañas con motosierras, plásticos, alambres y redes de pescar. Tomaron posesión de terrenos que no eran suyos, hicieron cambuches, talaron árboles, cazaron los animales de la zona (venados, armadillos, pavas, entre otros) y quemaron bosques para sembrar plantas ilícitas y para abrir paso a la ganadería.

El humo de las quemas oscureció el cielo; los animales huyeron de su hábitat; los ríos se volvieron turbios; el silencio del bosque fue reemplazado por el ruido de la destrucción. La tristeza llegó a los habitantes al ver cómo se apagaba la vida que los rodeaba.

Un día, los habitantes del pueblo, al ver cómo destruían los bosques, cómo cazaban los animales y al notar cómo se había perdido la paz y la tranquilidad, tomaron la decisión de unir fuerzas con niños, jóvenes, abuelos y campesinos para defender su hábitat natural. Buscaron ayuda con las autoridades ambientales para persuadir a las personas sobre la importancia de estar en paz con la naturaleza. Recurrieron a charlas educativas, jornadas de siembra de árboles y limpieza de quebradas.

Enseñaron que la paz inicia desde el cuidado de los árboles y la naturaleza. Con el tiempo, el bosque comenzó a sanar. Los animales regresaron, los ríos cantaron de nuevo y la neblina volvió a cubrir las montañas. De esta manera, Pensilvania aprendió que la paz no solo es ausencia de guerra, sino presencia viva de la naturaleza cuidada con amor.

LA LUCIÉRNAGA VALIENTE

Había una vez, en un bosque escondido entre colinas suaves y árboles centenarios, una pequeña luciérnaga llamada Luma. A diferencia de las demás luciérnagas, que volaban en grupo y solo encendían su luz por las noches, Luma soñaba con ver el mundo más allá del bosque.

—¡No necesitas ir tan lejos! —le decía su abuela—. Aquí tienes todo lo que una luciérnaga puede desear.

Pero Luma tenía una curiosidad tan grande como su corazón: quería ver el amanecer desde la cima de la Montaña Susurrante, donde, según contaban los viejos grillos, el sol pinta el cielo con colores que parecen cuentos.

Una noche, con su luz titilante como una pequeña estrella, Luma emprendió el viaje. Voló por encima de lagos que reflejaban la luna, cruzó campos donde dormían mariposas y evitó con cuidado a los murciélagos, que cazaban sin saber que ella era amiga de la noche.

Después de muchas aventuras y algo de miedo, Luma llegó al pie de la montaña. Subió poco a poco, descansando en hojas y flores, hasta que, al final, alcanzó la cima justo cuando el cielo comenzaba a aclararse.

Entonces lo vio:

Un mar de nubes abajo, y arriba, un cielo que pasaba de morado a rosa, de rosa a naranja, y luego a un dorado brillante. Luma encendió su luz y bailó en el aire, feliz de haber seguido su corazón. En ese instante supo que lo que sentía era más que alegría: era una profunda paz con la naturaleza, como la que muchos decían encontrar en Caldas, donde los paisajes también hablan con el alma.

Cuando regresó al bosque, todos la rodearon para escuchar su historia. Desde ese día, Luma no fue solo una luciérnaga curiosa: fue una viajera valiente, y su luz parecía brillar un poquito más fuerte.

Y así, cada noche, cuando las luciérnagas vuelan, Luma guía a los más jóvenes, contándoles que el mundo es mucho más grande de lo que uno puede imaginar.

En cada árbol reside la
memoria del tiempo y en
cada río, el susurro de la
vida. Cuidarlos es escuchar
nuestra propia historia...

¡PIKABU!

Si ya es complicado cuidar el medio ambiente en Caldas, imagina tener como compañero a alguien incompetente en esto. James era un joven que solo estaba en el grupo ecologista porque era un requisito para graduarse del bachillerato. Los malos trabajos que hacía lo ponían en peligro de ser expulsado del grupo y, por ello, de perder el semestre.

El líder del grupo le dejó una tarea para poder salvarse: era simple, tomarle fotos a una Reserva Natural. Él haría ese trabajo también con poco interés, contando chistes y fumando un cigarrillo que luego tiraría al suelo. "¡Fuera de mi camino!", les gritaba a muchos animales a quienes consideraba poco encantadores.

Pasaron las horas y James ya tenía varias fotos interesantes. Cuando se iba a ir, escuchó un ruido: era un niño sucio que, a simple vista, parecía perdido. James fue a ayudarlo, pero la pequeña criatura corrió. James lo siguió, encontrándose con un hermoso paisaje lleno de animales y árboles. James quedó impresionado. Jugó un rato con el niño a quien nombró Pikabu: "¡Pikabu, Pikabu, ven acá!". La naturaleza no era tan aburrida y asquerosa como creía.

En eso, percibió el olor a quemado. James corrió a ver qué era: era el cigarrillo que había arrojado al suelo. James fue a apagarlo. En su intento por extinguir el fuego, demostró gran preocupación por la integridad de la reserva. El niño lo ayudó, pero sus intentos fueron en vano. James se desmayó.

Al pasar las horas, James despertó aturdido entre el bullicio de bomberos, doctores y curiosos. Su primera palabra fue un preocupado "¿Pikabu?". Intentó incorporarse, buscando desesperadamente al niño. Los bomberos, con rostros serios, confirmaron lo que más temía: no había ningún registro ni rastro de un niño en la zona. Era como si Pikabu nunca hubiera estado allí.

El tiempo desplegó sus alas, y James se erigió en un pilar para la naturaleza, su pasión nacida de aquel instante mágico. Siempre atribuía su fuerza y su amor a 'Pikabu', el niño que se fundió en un recuerdo imborrable, una luz que lo guiaría por siempre.

ARMONÍA EN EL VALLE

Había una vez, en un valle escondido entre montañas majestuosas, un bosque vibrante lleno de vida. Los árboles, altos y frondosos, se extendían hacia el cielo, y sus hojas susurraban con la brisa. Un arroyo cristalino fluía a través del bosque, reflejando la luz del sol y creando un murmullo constante.

En este bosque, una familia de ciervos vivía en armonía con la naturaleza. La madre cierva conducía a sus crías por senderos ocultos, enseñándoles dónde encontrar las mejores hierbas y cómo beber del arroyo sin correr ningún peligro. Los ciervos eran rápidos, ágiles y saltaban sobre raíces y troncos caídos.

Un día, un curioso zorro se acercó a la familia de ciervos. Aunque al principio la madre se mostró cautelosa, pronto se dio cuenta de que el zorro era inofensivo y estaba ansioso por aprender. Juntos exploraron el bosque, descubriendo secretos y admirando las maravillas de la naturaleza. Mientras tanto, las aves, con su vista aguda, escudriñaban el suelo en busca de cualquier señal de movimiento.

La noche cayó sobre el valle y el bosque se sumió en una quietud pacífica. Las estrellas brillaban en el cielo, reflejándose en el arroyo como un millón de luces diminutas. La familia de ciervos y el joven zorro se acurrucaron juntos, sintiendo la paz y la belleza de la naturaleza que los rodeaba.

En este valle escondido, la naturaleza florecía en todo su esplendor. Era un recordatorio constante de la armonía y la belleza que pueden existir cuando se vive en equilibrio con el mundo natural.

EL BOSQUE HERMOSO

En lo profundo del corazón de Caldas, donde el aire huele a café recién tostado, existía un lugar mágico que muy pocos conocían, llamado *El Bosque Hermoso*.

Este bosque no era como los demás. Sus árboles hablaban entre ellos y sus flores cambiaban de color según las emociones de quienes lo visitaban. Algunos comentaban que había sido bendecido por los antiguos guardianes de la naturaleza; otros decían que era el hogar de un espíritu bondadoso que cuidaba cada rincón con dedicación y amor.

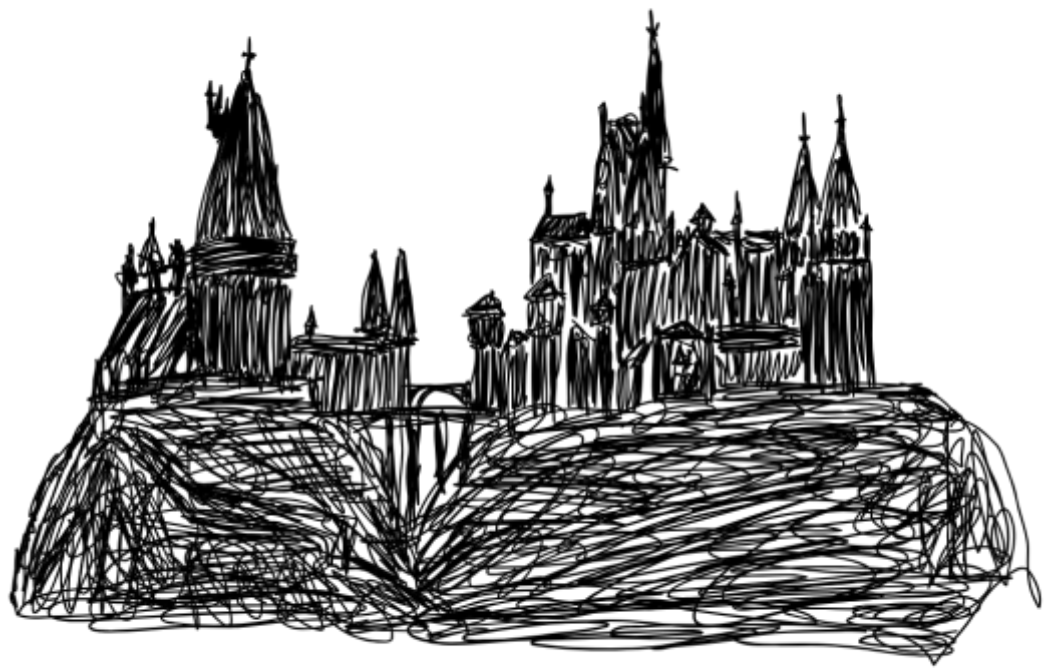
Un día, una niña llamada Lina, nacida en un pequeño pueblo de Caldas llamado Anserma, decidió adentrarse en el bosque en busca de inspiración para sus dibujos. Desde pequeña, había soñado con pintar algo que dejara sin aliento a quienes lo miraran, algo tan increíble que nadie pudiera olvidarlo.

Mientras caminaba entre los senderos verdes y brillantes, Lina escuchó el canto de un ave que nunca antes había oído. La siguió, cruzando un arroyo cristalino y un puente de madera. Al llegar al centro del bosque, quedó sin palabras: mariposas de colores increíbles, danzaban entre flores gigantes, y una cascada caía suavemente en un lago tan claro que parecía un espejo.

Lina sacó su cuaderno y comenzó a dibujar. Durante horas, plasmó cada detalle: los árboles, los animales curiosos, la luz brillante que lo cubría todo. Cuando terminó su dibujo, *El Bosque Hermoso* desapareció.

Desde entonces, el dibujo de Lina se exhibe en la plaza del pueblo, bajo el nombre *El corazón de Caldas*. Y quienes lo miran aseguran que, por un instante, pueden oír el murmullo del viento entre los árboles del *Bosque Hermoso*.

Y aunque nadie ha logrado encontrarlo otra vez, todos saben que sigue ahí, esperando a los corazones puros que se atrevan a soñar.



LA BÚSQUEDA DEL ORBE

Había una vez, en lo profundo del Valle de Liria, un bosque encantado habitado por tres hadas: Vallerik (guardiana de la luz), Marisol (guardiana del viento y del sol) y Catatia (protectora del agua). Aquel bosque era el corazón de su magia; sin él, ellas también desaparecerían. Un día, aparecieron hombres extraños con la intención de destruir el bosque. Vallerik fue a contarles a sus amigas:

—¡Marisol, Catatia! Están destruyendo nuestro bosque, ¡debemos hacer algo para salvarlo!

Se fueron de camino a las profundidades del bosque, sabiendo que enfrentaban un mal sin magia. Las hadas decidieron emprender una arriesgada travesía con un claro objetivo: encontrar el *Orbe del Vínculo*, un antiguo artefacto oculto en las profundidades del bosque. Este orbe tenía el poder de conectar el corazón del bosque con los humanos, despertando la empatía por la naturaleza. Pero el bosque oculto no era un lugar cualquiera; estaba protegido por criaturas olvidadas y brumas ilusorias. Las hadas enfrentaron múltiples desafíos, como los siguientes: Bestia de Niebla (Vallerik la venció con su luz); Corrientes Hechizadas (Catatia las venció); Raíces Engañosas (Marisol les hizo recordar la verdad).

Cada una de las hadas cayó en un momento de debilidad, pero nunca estuvieron solas: cuando una flaqueaba, las otras la sostenían. Esa fue la clave.

Finalmente, tras tres días de pruebas, encontraron el *Orbe del Vínculo* oculto en una flor de piedra. El artefacto solo se abría si tres corazones puros latían al unísono. Las hadas se tomaron de las manos y cerraron los ojos. Recordaron su amor por cada rincón del bosque, por cada criatura, por cada brisa y su amor hacia ellas mismas. De repente, el orbe brilló, dejándoles una gran enseñanza.

Desde aquel día, Vallerik, Marisol y Catatia supieron que su poder no venía solo del bosque, sino del amor que lo abarcaba todo. Aprendieron que las batallas más grandes no siempre se ganan con fuerza, sino con unión, sabiduría y compasión.

OLOR A VIDA

—¿Alguna vez hemos sido conscientes de la huella que deja una simple pepita de café? Para su cultivo, se deben arrasar metros de campos. Esta deforestación provoca la destrucción de hábitats y fuentes hídricas. Además, para mantener estas plantaciones, se contamina el suelo con agroquímicos. En su recolección y proceso (despulpado, fermentación, lavado y secado), especialmente en el lavado, se consumen hasta 7.000 litros de agua por costal. Esta agua se vierte sin tratamiento a los ríos, contaminándolos. Y cuando hay fermentación descontrolada del café, se producen gases de efecto invernadero —terminó de pronunciar el presentador de la emisora que mi abuela escuchaba como único entretenimiento en su finca.

—¡Bobadas, hombre! Definitivamente ya no saben qué inventar, como si no supieran cuántas personas viven del café —dijo mi abuela con ese tono de disgusto que tanto la caracteriza para hablar; con esa misma voz que me regaña cuando me demoro en ir a recoger el café que siembra con esfuerzo en sus matorrales; con esas manos arrugadas por su dedicación al campo.

Como si el presentador de la emisora la hubiera escuchado, siguió hablando:

—Empresas como Cenicafé están utilizando tecnologías para reducir su contaminación. Los campesinos en sus fincas también pueden hacer el cambio, disminuyendo los químicos y tratando las aguas que utilizan para lavar el café.

Mi abuela dejó la radio y empezó a entonar un poema:

*“En medio de los cultivos con aroma a café,
donde los campesinos, a punta de canastas
y con sus manos sagradas, recogen la vida de la naturaleza.
Allí, entre el verde infinito de Caldas,
una pepita roja de la que cuelga la economía
y la cultura de toda una región que conforma el Eje Cafetero.
¿Qué mayor paz que el susurro de sus vientos entre cafetales,
la melodía de sus aguas cristalinas,
el abrazo de su tierra que nos nutre?
¡Nuestra cultura cafetera, un canto vivo de paz!”*



LA SABIDURÍA DEL BOSQUE

Los disparos resonaban en lo profundo de un bosque. La risa de la familia Hernández se mezclaba con el estruendo de los árboles que caían. Cazar y talar eran sus diversiones favoritas. Sus dos hijos, Liam y Maya, tan solo observaban la rutina.

Un día, mientras exploraban, se toparon con una extraña escena: dos criaturas, una mitad musgo y la otra mitad hongo, cuidaban a un pequeño pájaro herido. Eran los guardianes del bosque, seres antiguos y sabios que velaban por la naturaleza del lugar.

Los guardianes, llamados Garra y Musgo, al ver a Liam y Maya, les hablaron con una voz suave y a la vez firme. Les mostraron la compleja red de vida del bosque, así como la belleza y la armonía del ciclo natural. Garra les enseñó a identificar las huellas de los animales y a reconocer algunas de sus especies. Musgo, por su parte, les reveló los secretos de las plantas, su importancia en el ecosistema y la profunda belleza de su crecimiento lento y paciente.

Los niños, cautivados por la sabiduría de Garra y Musgo, regresaron a casa con los corazones llenos de admiración y arrepentimiento. Compartieron lo aprendido con sus padres, describiendo la belleza del bosque y la tristeza de ver la vida perturbada por la caza y la tala indiscriminada. Las palabras de sus hijos, cargadas de un nuevo entendimiento, resonaron profundamente en el corazón de los padres.

Al día siguiente, las armas quedaron guardadas, las hachas inmóviles. La familia Hernández, convertida en protectora del bosque, comenzó a plantar árboles, a cuidar de los animales, a respetar el silencio y la armonía del lugar que antes destruían. Habían encontrado la paz, no en la destrucción, sino en la profunda conexión con la naturaleza, un cambio de corazón sembrado por dos seres sabios en el corazón de dos niños.

En Caldas, la paz se teje
con hilos de neblina y
cantos de aves que saludan
al amanecer...

EL ÁRBOL QUE ME HABLÓ

Nunca pensé que los árboles pudieran hablar... hasta que uno lo hizo.

Fue en el camino que lleva a la casa de mi abuela, en la vereda. Ella siempre me decía que había que cuidar la tierra, caminar suave para no molestar al bosque, porque los árboles también sienten, también viven.

Un día, me senté bajo un viejo pino. Estaba seco, dañado, rodeado de botellas, latas y humo. Toqué su tronco y cerré los ojos. Sentí un calor extraño, como si el árbol respirara con dificultad.

Y entonces lo escuché. No hablaba con palabras, sino con tristeza. Vi en mi mente un bosque lleno de vida: pájaros cantando, mariposas y flores. Pero después... vi fuego, ruidos, basura, árboles caídos. Y luego, un silencio abrumador. Desperté llorando. Entendí que el árbol no me hablaba solo a mí: ¡gritaba! Pedía ayuda. Era como si, por un momento, su dolor se hubiera conectado con mi conciencia.

Desde ese día, algo cambió. En el colegio conté mi historia. Algunos se rieron, otros se quedaron pensando. Con mis amigos empezamos a recoger basura, sembrar semillas y pintar murales con mensajes de amor por la naturaleza. Incluso convencimos al profesor de ciencias para hacer una jornada ambiental. Al principio fuimos pocos, pero luego más estudiantes se unieron.

Un año después, volví al pino. Ya no estaba solo; a su lado crecían pequeños retoños, verdes, vivos. Se sentía diferente: había esperanza.

Toqué su tronco otra vez. Sentí paz. Ya no gritaba; sonreía.

Ahora sé que la paz no siempre es silencio. A veces, es un ave que regresa, una flor que nace... o un joven que escucha cuando nadie más lo hace.

Y si un árbol pudo cambiarme, tal vez un cuento también pueda cambiar el mundo.

EL GUARDIÁN DEL BOSQUE *EL FARO*

Años atrás, se decía que en el bosque *El Faro* habitaba una criatura espeluznante y sobreprotectora, guardiana de cada árbol y arbusto. Una noche fría, bajo la luna, unos aranzacitas con hachas se adentraron en el bosque. Admiraban los árboles, pero su verdadera intención era talarlos para encender fogatas y calmar el frío. Sus ojos, llenos de codicia, y sus cuerpos abrazados por la lujuria, fueron sorprendidos por un viento helado que agitó las ramas y los arbustos.

No les importó y regresaron a su tienda. Encendieron leña, la cual parecía tener una cara triste y decepcionada. Con el fuego avivado, charlaron sobre sus vidas, rieron hasta que una niebla espesa cubrió la luna. El frío y el viento aumentaron. Se escuchaban susurros, voces terroríficas, suspiros pesados y el rasguño de una uña, como si alguien estuviera enojado.

El frío los venció y decidieron dormir. Al acostarse, un diluvio cayó y desplomó la tienda. Asustados, en la oscuridad y la humedad, vieron a la criatura: negra, de ojos rojos, fuerte, pero con un semblante triste. La criatura se abalanzó sobre ellos y los asfixió.

Se cuenta que el bosque *El Faro* es resplandeciente, con una masa envidiable de árboles y flores. Sin embargo, cuando leñadores o personas avaras lo visitan, se vuelve frío y pesado. Sin razón aparente, son desaparecidos por la criatura, y sus pertenencias también desaparecen por completo, dejando intriga y revuelo en el pueblo. La criatura es la guardiana del bosque, de los animales y de todo lo que habita allí dentro. Su semblante triste refleja lo mal que tratamos la naturaleza y cómo la utilizamos solo cuando nos es útil. Sus rojos ojos demuestran lo que ha sufrido por mantener el bosque reluciente, pero, ¿qué pasaría si esta criatura se cansara? ¿Qué cambiaría entonces?



CONSIDERACIONES FINALES

Historias que siembran futuro

La literatura es mucho más que un conjunto de palabras escritas en una hoja. Es un espacio donde los pensamientos encuentran voz, donde los sentimientos toman forma y donde el mundo interior se convierte en paisajes, personajes y emociones que otros pueden habitar.

En la adolescencia, las emociones suelen presentarse como mares agitados: alegrías intensas, tristezas profundas, inquietudes y sueños que buscan salida. El arte, y en especial la escritura, es una llave que abre ese espacio íntimo para compartir lo que llevamos dentro. Cuando escribimos, no solo contamos historias; también es un proceso de autoexploración que nos permite identificar y validar nuestras emociones y así expresarlas con sinceridad y belleza.

Este concurso de cuento, con el tema Paz con la naturaleza en nuestro querido departamento de Caldas, es una invitación a unir la voz interna con la voz de la tierra. Nuestros bosques, ríos, montañas y animales no son solo parte del paisaje: son compañeros de vida que nos recuerdan que la paz no es solo entre las personas, sino también con el entorno que nos sostiene.

Al escribir, cada estudiante tiene la oportunidad de convertirse en un puente entre su mundo interior y el mundo natural. Un cuento puede transformar la indignación por la tala de un árbol en una historia que inspire a cuidarlo. Puede convertir la admiración por un atardecer en un relato que haga que otros también quieran protegerlo. Puede sembrar, en la imaginación de quienes leen, la semilla de un cambio real.

Por eso, este concurso no es únicamente una competencia: es un espacio para que la creatividad florezca, para que las emociones encuentren un cauce y para que la palabra se convierta en un acto de paz. Porque cuando logramos escuchar a la naturaleza y a nuestro propio corazón al mismo tiempo, estamos más cerca de construir un futuro en armonía.

Laura Viviana Jaramillo Pedroza
Psicóloga

EPÍLOGO: *El último canto del barranquero*

Dicen que cuando la tierra llora, algunos animales aún pueden escucharla. Y entre todos ellos, hay uno que no solo la escucha... también la recuerda.

Allá, en los cafetales altos de Caldas, donde la niebla se cuele entre los árboles como un suspiro lento, vivía Yuma, un *Momotus aequatorialis*, conocido por su cola en forma de péndulo y su plumaje de colores imposibles. Los abuelos decían que él no era un ave cualquiera: era el guardián del equilibrio, el que sabía dónde nacía el agua, dónde moría el viento, dónde callaban los árboles cuando estaban tristes.

Cada mañana, Yuma cantaba desde lo alto de una rama del guayacán. Su canto era grave, sereno, como si cada nota pesara. Lo hacía sin prisa, como quien sabe que su voz no es para llenar el aire, sino para despertar la memoria.

Pero un día, el canto cambió. Se volvió más corto. Más solo. Las ramas donde solía posarse comenzaron a desaparecer. El río donde bebía tenía espuma. Los árboles hablaban menos. Y Yuma, que lo notaba todo, comprendió que la paz entre el hombre y la naturaleza estaba rompiéndose como una cuerda demasiado tensa.

Una mañana, sobre un claro silencioso donde antes jugaban ardillas y brillaban las flores, Yuma encontró una niña. No tenía zapatos. Solo una libreta. Estaba dibujando un árbol que ya no existía. Yuma se acercó, sin miedo. La niña alzó la vista, lo miró a los ojos, y sonrió como si lo hubiera estado esperando toda su vida.

—¿También tú extrañas el bosque? —le preguntó, como si supiera que Yuma entendía.

Él bajó la cabeza. Ella, entonces, escribió en su libreta: *"Este pájaro me habló con los ojos. Me dijo que la naturaleza llora bajito, y que los humanos debemos aprender a oír su llanto antes de que se vuelva grito."*

Desde ese día, la niña volvió cada tarde. Plantó semillas. Cantó con Yuma. Escribió cartas al sol, al río, a los árboles. A veces llegaban otros niños. Sembraban, escuchaban, aprendían a guardar silencio frente al bosque como si entraran a un templo.

El canto de Yuma volvió a crecer. Ya no estaba solo. Ya no era advertencia. Era bienvenida.

Años después, cuando la niña fue grande y el claro volvió a florecer, escribió un cuento sobre aquel barranquero que le enseñó que estar en paz con la naturaleza no era solo protegerla, sino aprender a vivir con ella como se vive con un abuelo sabio: con respeto, con cuidado, con gratitud.

Dicen que en ese bosque todavía se oye el canto de Yuma. Pero no desde los árboles. Ahora canta desde los cuadernos. Desde las manos que siembran. Desde las historias que, como esta, nos recuerdan que la paz no es un lugar. Es una forma de habitar el mundo sin hacerle daño.

Jhoan Sebastian Parra Franco



Los estudiantes del departamento de Caldas le escriben a la paz. Aquí una voz unificada, una reflexión colectiva que centra su atención en el territorio.

Este libro es resultado del **Segundo Concurso Intercolegiado de Cuento: "Caldas: Paz con la Naturaleza"** liderado por la Fundación Cultural Cazarelatos de Manizales y apoyado por el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes desde el Programa Nacional de Concertación Cultural 2025.



ISBN: 978-628-96435-2-7



9 786289 643527

